

EL DIABLO DE LA FICCIÓN

Para Aurora

Cuando salí del poblado de la selva peruana donde había pasado un año de trabajo de campo, me había dado un plazo de seis meses para elaborar el material producido y esbozar un primer borrador de mi tesis doctoral sobre mitología amazónica; después, regresaría de nuevo a la selva para atar *in situ* los últimos cabos sueltos antes de redactar el texto definitivo para su posterior defensa ante el correspondiente tribunal. Las cosas, sin embargo, no ocurrieron como yo había previsto. Tras un par de meses dedicado a organizar el contenido de los cuadernos de campo y elaborar fichas y esquemas, me dispuse a la tediosa tarea de transcribir las más de doscientas entrevistas grabadas en cintas magnetofónicas. Duró poco. El mosqueo inicial por la excesiva demora en empezar a escuchar mi voz con la primera pregunta se tornó rápidamente en cabreo al ver que no salía sonido alguno de la cinta; y el cabreo devino en uno de los mayores disgustos de mi vida cuando, con el corazón a punto de reventarme el pecho y el sudor empapando mis temblorosas manos, fui comprobando, una tras otra, la absoluta mudez de las casetes. Consternado, dediqué un buen rato a las correspondientes imprecaciones contra la tecnología para, acto seguido, quedarme paralizado sin saber cómo proceder ante semejante fiasco. De pronto, me encontraba con un marco teórico de una complejidad y rigor cercanos a los que debió tener el que utilizó

Dios para crear el mundo; había realizado un impecable trabajo de campo etnográfico de un canónico año de duración, penalidades incluidas; tenía una ingente cantidad de anotaciones, descripciones, registros y esquemas; y mi sistema intelectual y emocional estaban impregnados de la experiencia de vida cotidiana en la selva. Y ahora resultaba que, ya fuera por alguna funesta jugada de la razón física -¿los arcos magnéticos de seguridad de los aeropuertos?- o de la razón mágica -¿la maliciosa intervención de los diablos de la selva que habían formado parte mi estudio sobre mitología amazónica?- el drama cierto era que las voces de mis informantes se habían esfumado. Estaban, pero no en forma de ondas magnéticas, sino como una inservible barahúnda de palabras que se aturullaban en mi memoria.

¿Qué podía hacer, repetir el trabajo de campo? Imposible. Cada vez que en mi cabeza surgía tal insinuación, de inmediato aparecía Heráclito para recordarme que no podía bañarme dos veces en el mismo río. Y lo que era aún peor: ¿cómo iba a plantear semejante desaguizado a mi director de tesis? De haber sido cualquier otro, quizás hubiera podido prescindir de las palabras textuales de mis informantes; pero daba la casualidad de que mi director tenía como seña de identidad académica e imperativos epistemológico, metodológico y técnico, la ineludible inclusión literal y entrecomillada de los testimonios en el texto, según él, porque así se preservaba una mayor objetividad. “No sólo se escucha la voz genuina de la otredad, sino que es la prueba fehaciente de que el antropólogo ha estado allí”, argumentaba con notarial determinación.

Durante un tiempo, me las arreglé para mantenerlo entretenido a base de entregarle ensayos sobre nuevas lecturas teóricas. Él los leía y comentaba, aunque ello no evitaba que al final de cada tutoría me advirtiera que a esas alturas ya debía estar entregándole material etnográfico elaborado. Así que, cuando ya no pude continuar con la añagaza de la teoría, empecé a endilgarle escritos que incluían testimonios de informantes, sólo que, no pudiendo ser literales sino reconstruidos a partir de mis anotaciones en los cuadernos de campo o traídos de memoria, había de emplear el estilo indirecto; o sea, me constituía yo mismo en su portavoz. No coló. Esgrimió mi director que eso suponía una flagrante manipulación de la prístina voz del otro y, por lo tanto, un inadmisibles atentado al prurito de objetividad debida; conque, “comillas, señor mío, hágame usted uso de las comillas. Las comillas son el marchamo de garantía de una buena etnografía”, insistía él. Entonces yo, acuciado por la presión, me inventé la ineludible necesidad de regresar a la selva, con la coartada de que necesitaba contrastar determinados testimonios y que, estando en ese momento en plena época de lluvias, me resultaría más fácil tener a mano a los informantes; una vez llegada la estación seca, la cosa se complicaría mucho, pues los lugareños se pasarían casi todo el tiempo recolectando en las chacras. Él no pudo negarme el permiso, y yo salí pitando al Perú en busca de las comillas perdidas.

Lo que yo no podía imaginar era que me fuese encontrar el poblado completamente abandonado. Había dado por

descontado que faltarían algunos vecinos, empujados a emigrar por el creciente y virulento acoso que ejercían sobre ellos los esbirros de las industrias madereras y mineras desde que éstas pusieran su ojo exterminador en aquella zona de bosque tropical; mas no que en tan corto período de tiempo no quedara por allí ni un alma. Seguramente, el asedio se habría materializado en algo más que las habituales amenazas y los lugareños se habían desperdigado en la selva en busca de refugio, lo cual implicaba la práctica imposibilidad de dar con ellos en un tiempo razonable. Ya me lo había avisado el conductor del bote peque-peque cuando le pedí que se desviara de su ruta por el río Ucayali para adentrarse en el caño que lleva hasta el poblado. Pero no le creí. Yo no había atravesado medio planeta para volverme con las casetes vacías.

El peque-peque me dejó en el embarcadero y se fue, y yo, a la vista del panorama desolador que tenía ante mí, empecé a deambular de palapa en palapa arrastrando el alma con los pies. A tenor del estado en que se encontraban, todo parecía indicar que el lugar había sido abandonado recientemente. Me acerqué hasta la que me había servido de morada. Aún estaba allí la hamaca, mi sombrero de chambira, una banqueta y algunos indicios de que los niños la habían utilizado para sus juegos durante los aguaceros. No pude menos que sonreír cuando vi una especie de micrófono y algo parecido a un magnetófono hechos de madera, tosca imitación del aparato que yo había utilizado para grabar mis entrevistas. Descorazonado, me tumbé en la hamaca y durante un buen rato estuve tratando de buscar alguna salida al tremendo

problema que tenía ante mí; pero, por más vueltas que le daba y por más que me removía en la hamaca, no encontraba el modo de resolverlo. Todo apuntaba sin remisión a que tendría que regresar y enfrentarme con la posibilidad de que mi director se negara a dar el visto bueno a una tesis doctoral que no contuviese testimonios etnográficos estrictamente literales. No sería la primera vez.

Al borde del abatimiento, decidí dar un último paseo de despedida por los alrededores del poblado y acercarme a la cocha donde solíamos ir a pescar y a bañarnos; luego, regresaría para recoger la mochila y tomar el camino que, en algo más de tres horas, me llevaría al embarcadero más cercano, situado ya a orillas del Ucayali, y desde allí a Pucallpa, la capital del departamento, donde tomaría el primer avión para Lima. De paso, me detendría a decir adiós a Cayetano, un tipo de pasado incierto que vivía en medio de la selva con la sola compañía de una pareja de guacamayas y un tucán. Lo conocí una mañana de lunes temprano, en el puerto fluvial de Pucallpa. Estaba en el embarcadero, a la espera, como yo, de que saliese el último peque-peque del día, después de haber pasado yo uno de mis aburridos fines de semana en la ciudad y él otro de los suyos en *El último rincón del mundo*, una taberna situada en el barrio del puerto, sobre el mismo borde del río, a donde iban a juntarse los más variopintos personajes que caían por Pucallpa, desde los obreros de las grandes aserradoras a los buscadores de oro, pasando por comerciantes, traficantes, contrabandistas y marineros de agua dulce, en busca del solaz que les

proporcionaba el ramillete de muchachas jóvenes y no tan jóvenes que tenían en doña Lola a una madraza magnánima y comprensiva, además de a su empleadora. Allí pasaba Cayetano el tiempo que estaba en la ciudad, holgando en los brazos de doña Lola y, por las noches, bailando los boleros que las parejas de novios del barrio ponían en una vieja gramola de los años sesenta. Una vez le pregunté a qué iba a la ciudad y su respuesta fue: “A degustar la vida”.

Aquella tarde, durante el trayecto río arriba, Cayetano permaneció tumbado sobre unos sacos, en silencio, con el sombrero inclinado sobre los ojos, destilando el ron ingerido durante la noche. Cuando llegamos a su precario embarcadero, se bajó del barco y sin decir media palabra se perdió en la maleza. Apenas retomada la singladura río arriba, me di cuenta de que se había dejado atrás una bolsa que contenía un paquete de folios en blanco y un par de cintas de máquina de escribir. Pedí al conductor que se acercase a la orilla, me bajé y un par de minutos después salí a un claro de selva donde había una pequeña cocha, en cuya orilla se alzaba una palapa solitaria. Él estaba tumbado en una hamaca, aparentemente dormido. Me acerqué con sigilo y cuando me encontraba a unos tres metros de la palapa, alcancé a leer lo que ponía en una tablilla de madera que había clavada en una platanera: <<A menudo, la persona que llega es menos instructiva que el silencio que rompe. Henry David Thoreau>>. Con semejante recibimiento, me apresuré a dejar la bolsa en el primer peldaño de la escalera y me di media vuelta en silencio de regreso al peque-peque. No dejes de venir a visitarme,

antropólogo, dijo él antes de que yo me perdiera de su vista entre la frondosa vegetación.

Volví unas semanas más tarde y, desde entonces, cada vez que me sentía asfixiado por la vida cotidiana en el poblado, tomaba el peque-peque a Pucallpa y pedía al barquero que me dejara donde el gringo ermitaño, como así se le conocía en la zona. Solía decirme Cayetano que no entendía que un joven como yo fuera a perder el tiempo con él, cuando en *El último rincosito del mundo* estaba Iris, una hermosa joven de negra cabellera y piel canela llegada de Honduras, que, según me aseguraba él, insuflaría un poco de interés a mi anodina existencia académica. Nacho, me dijo una de aquellas veces, se entiende la vida desde la vida misma. Si no vives la tuya propia, difícilmente podrás entender la de los otros. No ignores que, en el fondo, la condición humana, tan compleja y bella, tan esplendorosa y oscura, se nutre de las mismas fuentes en todos los sitios y en todos los tiempos, por mucho que os empeñéis los antropólogos en hacer como que no.

Luego de las liturgias del encuentro, compartíamos silencios o conversábamos de cualquier cosa: de todo, salvo de él mismo, y no porque en momento alguno explicitara reticencia alguna a hacerlo, sino porque siempre que se abría esa posibilidad se las arreglaba, sin yo percatarme de ello, para despejar el asunto y hacerme hablar a mí mientras él escuchaba.

Qué había sido de su vida anterior era algo que al principio yo intenté ir reconstruyendo, a base de unir los retazos que él iba dejando en el decurso de nuestras pláticas, hasta que

desistí cuando me di cuenta de que los retazos no siempre concordaban y llegué a sospechar que se los inventaba para confundirme. Cayetano parecía haber renunciado a tener pasado. Vivía en el plácido fluir de un presente continuo, sin más pretérito que la semana pasada ni más futuro que la siguiente. Se limitaba a estar. Estar, cuidar con el mayor de los esmeros una chacrita que tenía en la parte trasera de la palapa, y escribir, actividad que yo sólo pude inferir de la presencia de la vieja máquina y porque cuando iba a visitarlo, apenas se perdía el sonido del motor del peque-peque río abajo, empezaba a escuchar ya desde el embarcadero el exótico tecleo, tac, tac, tac, tac, entreverado entre los sonidos de la selva. Mas, tan pronto se apercibía él de mi llegada, dejaba su labor, extraía el papel de la máquina y lo metía en un cajón para no volver a sacarlo hasta que me había marchado. Una vez le pregunté sobre qué escribía y él, dibujando con la boca un arco circunflejo mientras alzaba los hombros, me dio una respuesta cargada de escepticismo: “De la vida, Nacho”. Le pregunté si escribía ensayo o ficción y me respondió, con una contundencia inusual en él y sin darme derecho de réplica, que todo cuanto se escribe, por el hecho de haber sido escrito, ya es ficción. Tesis que de inmediato apuntaló al añadir que ningún relato, por muy realista que se considere en el momento de su producción, soporta el paso del tiempo sin que, antes o después, acabe revelando su naturaleza convencional, su condición histórica y cultural y, por lo tanto, su carácter de ficción. Le pregunté si ya había publicado con anterioridad y me dijo todo lacónico que algo debía haber por ahí. Le pregunté

si pensaba publicar lo que estaba escribiendo y soltó un "Ni idea" que concordaba mal con lo que descubrí un día en que fui a visitarlo y él no estaba en la palapa. Anduve curioseando un rato mientras aparecía y pude ver junto a la máquina una carta cerrada dirigida a una editorial española y el manuscrito de un relato titulado: *El diablo de la ficción*. Extrañamente, no estaba firmado con su nombre, Cayetano Aljamia, sino con unas iniciales, F.S.P. que yo supuse debía ser el pseudónimo elegido por él para preservar un anonimato que, por alguna razón que me empezó a intrigar poderosamente, quería mantener a toda costa. Hubiera dado la vida por leer aquel relato; pero un cierto pudor y la aparición de Cayetano me hicieron desistir.

Tal era la curiosidad que me provocó el hallazgo de aquel manuscrito, que a mi regreso a Madrid para la elaboración del material de campo me ocupé de indagar en varias librerías especializadas y, tras mucho buscar, acabó apareciendo en el catálogo de una editorial desconocida una novela titulada *El ladrón de mitos*, cuyo nombre y apellidos del autor coincidían con las iniciales F.S.P. con las que estaba firmado el relato de Cayetano. Como no disponían de ningún ejemplar, hice el pedido y al cabo de unos días me llamaron para informarme de que ese título llevaba tiempo descatalogado y que la editorial había cerrado. Pregunté si podía quedar algún ejemplar perdido en el almacén del distribuidor y me dijeron que muy difícilmente, pues, tratándose de un autor desconocido y de un libro de poca tirada y reducidas ventas, lo más probable es que hubieran quemado el stock para no soportar los gastos de

almacenamiento. Con suerte, quizás encontraba algún ejemplar esculcando en las librerías de segunda mano de la Cuesta de Moyano. Lo cual hice hasta que, por fin, di con un ejemplar usado y que estaba dedicado a una tal Aurora Gavino, y leí de un tirón en un banco del parque del Retiro, fascinado por lo que empecé a descubrir, aunque ciertamente incomodado por la impresión de estar violentando un espacio privado al que no había sido invitado. Aquella novela era, a decir de su propio protagonista, el relato de un naufragio, el naufragio de un antropólogo decepcionado que se agarra a la tabla de la ficción para sobrevivir al fracaso de una brillante y corta trayectoria académica fatalmente interrumpida. Cuando al atardecer terminé de leer el libro, mientras paseaba por el parque, me sentía completamente invadido por la desconcertante sensación de que los hitos que habían guiado mi corto recorrido vocacional por el territorio de la antropología académica habían sido removidos de su sitio.

Sabía que me iba a costar mantener en secreto mi descubrimiento; pero me prometí a mí mismo no desvelárselo a nadie y menos a Cayetano, en parte, por no tener que confesar mi indiscreción, en parte, por el profundo respeto que llegué a tenerle. Cayetano llegó a ser durante mi estancia de trabajo de campo mi refugio, mi alivio y en cierto modo mi analista, pues, así como, dependiendo de su estado de ánimo, podía mostrarse locuaz hablando de cualquier cosa que no fuera de su pasado, cuando se trataba de mis asuntos profesionales él se limitaba a escuchar y jamás se le ocurría añadir juicio, consejo o comentario alguno a mis cuitas

antropológicas. No hacía falta. Ya fuera por el modo en que él solía ir puntuando con gestos de su cara el decurso de mi monólogo, todo lo más con esporádicos monosílabos o palabras sueltas, el caso es que yo mismo me iba proporcionando mis propias respuestas, para acabar, tras cada visita, con la sensación de haberme deshecho de un montón de problemas y provisto, a mi vez, con una mayor carga de clarividencia para seguir afrontando las contrariedades que me iban surgiendo a lo largo de la investigación. No era de extrañar que, dadas las dramáticas circunstancias en que me hallé el día de mi regreso al poblado, el único lugar de la Tierra en el que me apetecía estar antes de partir definitivamente de regreso a Madrid era con él, en su palapa junto a la cocha. Aquella visita a Cayetano suponía para mí no sólo un acto de cortesía para decirle adiós; era también, y sobre todo, el reconfortante bálsamo que necesitaba para aliviar la profunda aflicción que me embargaba.

Media hora después de mi paseo por las inmediaciones del poblado estaba de vuelta, dispuesto a recoger mi mochila y marcharme definitivamente de allí. Y cuando me encontraba en las inmediaciones de mi palapa, me percaté de que había alguien en ella. Me acerqué con cautela y comprobé que se trataba de Aquiles, el fiel y entrañable asistente que me había acompañado a tantas entrevistas, ayudado a tantas explicaciones, elaborado conmigo tantas elucubraciones e interpretaciones y, por cierto, la primera persona con la que hablé nada más llegar al poblado. Estaba en el embarcadero, como cada mañana, a la espera del peque-peque, para ver si le

traían noticias de algún trabajo en Pucallpa; cualquier cosa, con tal de buscar un futuro mejor que el que le esperaba allí. Le pregunté si había alguna posibilidad de hospedaje y me llevó a hablar con un tío suyo que disponía de una palapa vacía, la cual, tras un rato de regateo entre tío y sobrino, me alquiló. El muchacho me ayudó a instalarme en mi nueva morada y concertamos un precio con su madre para que hiciera una ración de comida más y me lavara la ropa.

Poco a poco, Aquiles me fue introduciendo en la comunidad y, al cabo de unas semanas, viendo yo el empeño que ponía en buscarme informantes y lo acertado de su elección en función del asunto a tratar con ellos, así como la agudeza con que me aportaba las claves para descifrar significados, le propuse que trabajara para mí a cambio de un pequeño salario. Desde entonces, no me dejó ni a sol ni a sombra, siempre solícito a mis requerimientos y siempre presto a que le explicara los pormenores de mi trabajo, con un interés que para sí quisiera más de un etnógrafo principiante, a pesar de que su formación académica se limitaba a la elemental suministrada por un gringo evangélico que había pasado una temporada en el poblado. Era tal su interés por conocer en qué consistía mi trabajo que en más de una ocasión lo encontré enfrascado en la lectura de las Mitológicas de Lévi-Strauss que me había llevado para consultar en caso de necesidad. Yo le dejaba hacer, convencido de que, si ya me había costado a mí entenderlas, con mayor razón a él; pero al menos le serviría para practicar la lectura.

De repente, ya no estaba todo perdido. A punto estuve de materializar mi alivio con un grito de alegría, pero, curioso por ver qué hacía el muchacho en mi palapa, decidí acercarme en silencio antes de darle la sorpresa. Mas la sorpresa me la llevé yo cuando, desde unos tres metros de distancia y camuflado entre las plataneras colindantes, pude observar la siguiente escena: Aquiles tenía colocado el magnetófono de madera sobre la banqueta y el micrófono inhiesto entre tres piedras, tal y como yo solía hacer para procurar la mejor recepción del sonido. Él estaba sentado en el suelo, a un lado de la banqueta, y tenía mi sombrero puesto. En ese instante, planteaba una suerte de pregunta, que sólo pude identificar como tal no por el farragoso lenguaje con el que estaba formulada, incongruentemente trufado de léxico antropológico impropio en él (estructura, cognitivo, mitema, semantema, oposiciones binarias...) sino por la exagerada elevación del tono con que cerró la frase. Una vez hubo terminado la presunta interrogante, se quitó el sombrero con gesto ceremonial, lo depositó en el suelo, se levantó y fue a sentarse al otro lado de la banqueta. Tras un rato mirando al techo en silencio, con ademán reflexivo, dijo un tanto apurado al invisible interlocutor que tenía enfrente que no había entendido bien la pregunta. Entonces se levantó, se desplazó al otro lado, se sentó y, poniéndose de nuevo el sombrero, volvió a plantear la cuestión con distintas palabras pero igual incongruencia, como si estuviera parafraseando la fórmula anterior. Una vez acabada la pregunta, se volvió a incorporar, se quitó el sombrero y fue a sentarse al otro lado del magnetófono. Tras

permanecer un momento en un sobreactuado ademán de ensimismamiento, Aquiles empezó a ensayar una respuesta, alternando su mirada entre los ojos de su imaginado *alter ego* interrogador y el micrófono. Conforme iba desgranando palabras, su torso se inclinaba más y más hacia adelante, hasta el punto de llegar casi a rozar el micrófono con los labios. En esa pose, calló y lanzó una mirada solícita a su etnógrafo virtual. Y ahora parecía que sí, que había dado una respuesta adecuada a la pregunta, según debió él inferir de la expresión aquiescente del rostro de su imaginario interlocutor y yo de la satisfacción que dibujaba su propio semblante. Entonces se relajó, sonrió y, dando un suspiro de alivio, regresó de nuevo a su posición erguida.

No podía salir de mi asombro: ¡Aquiles estaba reproduciendo la liturgia de la entrevista! Sólo que, a falta de un interlocutor real, él interpretaba simultáneamente los papeles de etnógrafo y de informante. Me invadió una mezcla de lástima y emoción y se me hizo un nudo en la garganta.

- Hola Aquiles- lo saludé acercándome al borde de la palapa.

Él giró la cabeza y se me quedó mirando en silencio, con una expresión en su cara que no me resultó familiar. Dio un salto y echó a correr en dirección al sendero que llevaba a las chacras.

- ¡Pero Aquiles si soy yo, Nacho, Nacho Rodríguez, el antropólogo, tu amigo!- le grité- ¿Dónde están los demás?

A punto ya de adentrarse en el bosque, Aquiles se detuvo, me miró, hizo un gesto con la mano en señal de que lo siguiera. Yo, ahogándome en un remolino de ansiedad porque pudiera llegar a perderlo, me lancé en aquella dirección sin dejar de pedirle a gritos que me esperase. Pero, por más que me esforzaba, no lograba alcanzarle. Hasta que, pasado un rato de persecución, me di cuenta de que Aquiles quería mantener la distancia conmigo, pues tan pronto él me avistaba, echaba a correr para de nuevo volver a perderse. Y así estuvimos durante un buen trayecto hasta que, sin saber cómo, desapareció por completo. Voceé su nombre repetidas veces, pero a cambio sólo obtuve la respuesta de una familia de monos aulladores denunciando desde las copas de los árboles mi intrusa presencia en su territorio. Convencido de que se había dirigido a las chacras, decidí acercarme a ellas y, hacia la mitad del camino oí unos golpes, secos, repetidos: tac, tac, tac, tac. Provenían del lugar en donde los lugareños solían abastecerse de leña. Tomé esa dirección, salí al calvero de selva y allí estaba el muchacho; pero apenas se encontraron nuestras miradas, otra vez volvió a retomar la marcha. Varias veces me pareció que se detenía y me esperaba, y otras tantas volvía él a emprender el camino en cuanto yo me aproximaba. ¿Por qué su empeño en mantener la distancia? No supe responderme, aunque me daba igual, con tal de que me condujera hasta dondequiera que se encontrase su gente.

Anduvimos toda la mañana por senderos que al principio me resultaron familiares y luego completamente desconocidos. De tanto en tanto, Aquiles tenía que hacer uso de su machete para abrirse paso por una maleza que se iba haciendo cada vez más intrincada y espesa. En cuanto a mí, llegó un momento en que me encontré prácticamente apresado entre lianas y ramajes, incapaz de dar un paso más. Busqué a Aquiles con la mirada para que me ayudase a salir de allí y no lo vi. Agucé el oído y, después de un rato sin percibir el menor rastro de él, comprendí que había desaparecido. Entonces yo, a falta de machete, sin el que a ningún nativo se le ocurriría jamás alejarse del poblado, traté de continuar avanzando con la sola ayuda de mis manos, las cuales tuve pronto ensangrentadas por los numerosos cortes. Me quité el pañuelo del cuello para secar la sangre y, agotado como estaba, decidí descansar un rato antes de intentar buscar el modo de regresar al sendero. Me senté con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, sin poder salir de mi desconcierto por el incomprensible comportamiento de Aquiles. ¿Por qué me rehuía? ¿Por qué estaba solo? ¿Dónde estaban los demás? En medio de un montón de preguntas sin respuesta, poco a poco me fue invadiendo un pesado sopor en medio del cual me escuché lamentarme de viva voz.

- ¡Y qué cojones voy a hacer sin informantes!
- Invéntalos – oí a mis espaldas.

Me incorporé con la velocidad de un tiro y, tras escudriñar mi entorno, pude distinguir entre la maleza a un hombrecillo vestido con andrajos que llevaba puesto un sombrero de paja ocultando parte de su rostro.

- ¡Y tú quién eres! – pregunté, casi menos sorprendido por tan inesperada aparición que por la insólita sugerencia que me acababa de hacer un personaje con aquellas pintas.

- ¿Que no sabes quién soy? – respondió él con un punto de sorna en el tono de su voz.

- No. No te he visto en mi vida – repuse yo con el corazón en un puño, resistiéndome a reconocer en aquel tipejo al Chullachaqui, el diablo guardián de la selva, uno de los legendarios personajes del imaginario mitológico de los lugareños, caracterizado por tener un pie humano y el otro de caprino. Que me había quedado dormido y estaba soñando, fue la única explicación que en aquel momento alcancé a darme y, libre así de toda resistencia racional, me dejé llevar del modo más natural del mundo.

- ¿Qué quieres de mí? – le pregunté.

- ¿Que qué quiero de ti? – repuso él. - Pero si has sido tú quien ha solicitado mi ayuda.

- Yo no te he llamado.

- ¿Acaso no has dicho y qué cojones voy a hacer sin mis informantes?

- Sí – reconocí tras realizar un rápido rebobinado en mi memoria.

- Pues yo te he dicho como puedes resolver tu problema.

- Ya, que me los invente. Pero resulta que yo soy antropólogo y trabajo con personas reales.

- ¿Eso crees tú?

- No es que lo crea, lo sé – respondí yo con rotundidad cartesiana.

- Ya ¿Y cómo sabes que lo sabes?

- Puesss...

- ¿Ves? No lo sabes. Simplemente, lo crees – dijo el diablo señalándome con el dedo índice de su mano derecha, al tiempo que soltaba una burlona carcajada

- Lo sepa o lo crea, yo no puedo inventarme los informantes – me reafirmé yo, un tanto fastidiado por la actitud insolente de aquel tipejo estrafalario- Además – añadí - si me he pasado un año entero conviviendo con la gente del poblado ha sido para que lo que diga de ellos sea estrictamente real. ¿O me vas a decir que quienes viven ahí no son personas reales?

- Lo son, claro. Eres tú quien pretende hacer de ellos simples quimeras, como has hecho con Aquiles.

- ¿¡Que yo he hecho qué!?

- Pues eso, una quimera. Y te aseguro que yo sé mucho de quimeras – dijo el diablo, alzando primero su pierna humana y luego su pata caprina-. Cuando te fuiste –prosiguió- Aquiles se quedó muy afectado. Se instaló en tu palapa, se apropió de tu sombrero y construyó un magnetófono de madera. Se pasaba el día con él colgado al hombro preguntando a diestro y siniestro, de palapa en palapa, en las chacras, en la cocha con los pescadores, en el río con las mujeres, con los hombres

cuando se iban de caza, y en una ocasión hasta llegó a abordar a una pareja que andaba retozando en la maleza. Hacía preguntas que nadie entendía y que le respondían con lo primero que se les venía a la cabeza con tal de que los dejara tranquilos. Él insistía en preguntar y preguntar y elaborar sus propias conclusiones. No había en el poblado conversación, acto, situación, palabra, el más mínimo gesto, que no tuviera una cumplida interpretación por parte de Aquiles. Interpretación que nunca coincidía con las de sus interlocutores y que él siempre rebatía con la muletilla: Eso es relativo. Para Aquiles todo era relativo. Todo, menos su propia posición, claro. Hasta que a alguien se le ocurrió preguntarle por qué lo de los demás era relativo y no lo suyo, y respondió que porque lo que él decía es lo que habrías dicho tú. Fue entonces cuando, viendo que la cosa no pintaba bien, decidieron llevarlo al chamán. Y éste, tras realizarle una serie de conjuros, diagnosticó que lo que le ocurría Aquiles era que estaba poseído por tu espíritu, que había contraído el mal del antropólogo.

- Es que el chamán nunca vio con buenos ojos mi presencia en el poblado, y prueba de ello es que siempre se resistió a que lo entrevistara.

- A ver: hasta que tú llegaste, él era el encargado de responder a las preguntas que surgían en el día a día, de anticiparse al devenir de la comunidad y preservar el orden de la vida. En cambio, con tus preguntas la gente comenzó a hacerse nuevos interrogantes que el chamán ya no sabía cómo resolver, porque obedecían a premisas y fines extraños a los

suyos. Empezó a haber discusiones cada vez más encendidas entre ellos; discusiones que no llevaban a ningún sitio, sólo al desconcierto general. Hasta que el chamán los convenció de que todos corrían el peligro de acabar tan enajenados como Aquiles, contagiados por el mal del antropólogo. Por eso, cuando tuvieron noticia de que habías llegado a Pucallpa con la intención de regresar al poblado, él los incitó a adentrarse en la selva para evitar así contraer el mal.

- Entonces, no ha sido porque huían de la violencia de los esbirros de la industria maderera.

- No. El mal del antropólogo que ellos rehúyen es mucho más devastador: a base de preguntar y preguntar, va atacando las raíces más profundas de la mentalidad de los informantes hasta que las deseca; y cuando esto ocurre, aquellos que se ven afectados por la intervención antropológica dejan de ser lo que hasta ese momento han sido, pero sin llegar adquirir a cambio una nueva identidad. Han de continuar su existencia como entes híbridos, mezcla de dos mentalidades deformadas e irreconciliables, sin más solución de continuidad que la de vivir convertidos en quimeras. Como yo – dijo echando otra indicativa mirada a sus apéndices inferiores. -Y como Aquiles.

Al oír estas palabras, di un sobresalto. Miré alrededor y no había nadie. Tenía la cabeza abotargada y, por más que me esforcé, no conseguía determinar a ciencia cierta si había soñado o si, a tenor del realismo con que había experimentado la presencia del Chullachaqui, éste aún andaba por allí. Me quedé confundido y cavilando sobre lo acontecido hasta que,

pasado un buen rato, empecé a sospechar que, quizás, había sufrido los efectos de alguna de las plantas alucinógenas que abundan por la selva, vía el contacto con mis manos y de éstas con mi boca o directamente sobre mis heridas. Me incorporé, escudriñé detenidamente el tronco del árbol en el que me había apoyado, una enorme lupuna colorada, y en efecto encontré lo que buscaba: unos pequeños cortes hechos por algún chamán de la zona para obtener la savia y hacer pócimas con ella. Entonces pude hacerme una composición de lugar: la dramática situación en que me encontraba por la ausencia de informantes me había llevado a delegar en alguien ajeno a mí la propuesta que, aun siendo una flagrante falta deontológica, me permitía salir del atolladero: nada menos que me los inventara. De paso, me había proporcionado una explicación al extraño comportamiento de Aquiles y al inesperado abandono del poblado. Y para tal fin, mi imaginación había echado mano de uno de los legendarios personajes que pueblan el panteón mitológico de aquella región amazónica: el Chullachaqui, el diablo guardián de la selva, el cual, por cierto, tiene su morada en el ventrudo tronco de la lupuna colorada, detalle que a buen seguro había inspirado y activado los resortes de mi imaginación. El Chullachaqui castiga a quienes pretenden esquilmar las riquezas de la selva por ambición; pero es generoso con los que los aprovechan racionalmente sus recursos. Aunque ninguno de mis informantes dijo haber visto al personaje, todos afirmaban tener el testimonio directo de quien sí se había tropezado con él en alguna ocasión. Lo describían como un ser de algo más de un metro de altura,

vestido con ropa muy vieja, hecha harapos, de color parecido a la hojarasca, gracias a lo cual puede mimetizarse con la maleza cuando quiere pasar desapercibido. Además de un pie humano y otro de caprino, razón por la cual se le denomina chulla (falso) chaqui (pie), tiene una nariz grande, el rostro arrugado, las orejas puntiagudas y los ojos rojos, si bien usa un gran sombrero de paja que cubre su cabeza y casi no deja ver su rostro. Se suele aparecer a los cazadores aviesos que caminan solitarios por los senderos con el fin de extraviarlos y proteger así la vida en el bosque y, al parecer, últimamente también se aparecía a los secuaces de las industrias madereras. Unas veces se presenta bajo la figura de alguien conocido, con objeto de generarles confianza para que se dejen guiar hasta dejarlos totalmente perdidos; otras, lo hace en forma de presa, la cual, cada vez que se pone a tiro, avanza unos cuantos metros para de nuevo volverse a detener, y así hasta acabar extraviando al perseguidor a un lugar desconocido. Entonces, el Chullachaqui se esfuma. Otras versiones dicen que se aparece al cazador desafiándolo con los puños cerrados para defender sus posesiones. En tales casos, el cazador debe aceptar el desafío, porque si no lo acepta se vuelve inútil para la caza, maleficio que el diablo guardián se encarga de recordar a quienes deambulan por el bosque a base de producir un ruido entrecortado y seco, tac, tac, tac, tac, como si alguien estuviera golpeando el tronco de un árbol.

El caso era que, con Chullachaqui real o ficticio, yo me encontraba en una situación apurada y, pasado largamente el mediodía, sin apenas tiempo para detenerme en fantasías

alucinatorias. Conque más me valía salir de allí y regresar al poblado antes de que la noche se me echara encima.

Caían las últimas luces de la tarde cuando, tras varios intentos fallidos, por fin entré en el poblado y me tumbé en la hamaca completamente derrengado, cuidándome, eso sí, de quedar bien protegido por el mosquitero. En cuestión de segundos, millones de mosquitos lo inundarían todo en busca de su ración diaria de sangre, y ya sólo me faltaba pillar el dengue para aumentar mis desgracias. No estaba Aquiles y aunque hubiera estado de poco iba a servirme, en vista del estado de enajenación en que se encontraba. Tampoco apareció aquella noche ni a lo largo de la mañana siguiente. Así que, con la esperanza de que se hubiera ido a reunir con los suyos, y convencido de que ya nada me quedaba que hacer por aquellos andurriales, cogí la mochila y me dispuse a recorrer el sendero que me llevaría al embarcadero más cercano. Una vez allí, tomaría el primer peque-peque que pasara río abajo y pediría que me dejaran en el embarcadero del gringo ermitaño para despedirme de él. Y fin de mi frustrada expedición al corazón de la alteridad.

Cuando llegué a la palapa de Cayetano, el sol ya había tomado el tono rojizo del atardecer y dejaba caer sus reflejos en las remansas aguas de la cocha. Él andaba chambeando en su chacrita, en la parte trasera de la palapa. Nada más verme dejó su labor y vino hacia mí para abrazarme con efusividad. Sirvió dos vasitos de masato, sacó unos restos de asado de picuro, un roedor de carne muy sabrosa, y se dispuso a preparar una patarashca, pescado envuelto en hojas de

platanera y asado al fuego. Intercambiamos algunos comentarios sobre el tremendo aguacero que me había caído encima durante mi caminata desde el poblado hasta el embarcadero. Él, por su parte, mostró su preocupación por los huevos de gato que cultivaba en la chacra, pues temía que el exceso de lluvia acabara afectando a la colonia de hormigas que suele acompañar a esta planta, impidiendo el desarrollo de otro tipo de vegetación que podría competir con el huevo de gato restándole luminosidad. Estuvimos conversando durante un rato de ese y otros asuntos intrascendentes. Una vez terminamos de comer, rellenamos los vasos de masato y nos tumbamos cada uno en una hamaca. Nos quedamos en silencio, contemplando las últimas luces del día, embriagados por los sonidos seductores del anochecer en la selva.

- Vengo a despedirme, Cayetano – rompí el silencio.

- Acabas de llegar.

- Sí; pero nada me queda ya que hacer por aquí – dije yo desde el fondo del pozo de melancolía en que me encontraba.

- ¿Y eso?

- Todo el trabajo realizado hasta ahora no me sirve de nada. Necesitaba grabar nuevos testimonios de informantes y me he encontrado con que no hay nadie en el poblado. ¿Sabes tú si han tenido algún incidente con los madereros?

- No; pero ya sabes lo frágil y asustadiza que es esta gente. Al menor asomo de peligro, se dispersan por la selva.

- Ya. Pues me han jodido, porque me he quedado sin testimonios literales. Y sin ellos, mi director se negará a dar el visto bueno a mi tesis.

- ¿Tan importante es que sean literales esos testimonios?

- Mi tesis doctoral depende de ellos y no sé cómo resolver el problema.

- Invéntatelos, pues.

Di un respingo en la hamaca cuando escuché la propuesta de Cayetano. Busqué su rostro con mis ojos, pero nada había en él que mostrara alguna estela de ironía en sus últimas palabras. Tras la fina malla del mosquitero, él se limitaba a mirar al techado de palmas con su habitual semblante tranquilo. Que yo recordara, era la primera vez que Cayetano me hacía una sugerencia profesional explícita y lo que menos me podía esperar es que fuera precisamente esa. Claro que tampoco había de extrañarme semejante propuesta viniendo de alguien que, a tenor de lo escrito en su novela, había visto frustrada su trayectoria profesional en el mundo académico de la antropología. A punto estuve de desvelar mi secreto, pero un súbito golpe de pudor me retuvo.

- ¿Sabes que eso mismo es lo que me ha propuesto un Chullachaqui esta mañana en medio de un sueño? – le dije sin apartar la vista de su cara, a la espera de captar alguna intencionalidad oculta en sus palabras.

Él descolgó con parsimonia su mirada del techado, giró la cabeza hacia mí y, con un ligero atisbo de sonrisa en los labios y en la mirada, me dijo:

- ¿Y por qué no le haces caso al Chullachaqui, Nacho? – fue la segunda propuesta que, para aumentar mi desconcierto, me hacía en menos de un minuto.

- Pero es que yo no puedo hacer eso.

- Por qué.

- Pues porque yo me baso en testimonios de gente real. Si grabo las entrevistas es precisamente para poder entrecomillarlas. Las comillas son una garantía de objetividad, un certificado de autoría de lo que dicen los informantes y de que lo que dicen se corresponde estrictamente con su punto de vista y no con el del etnógrafo – argumenté yo, si bien algo sorprendido por la tibia convicción que acompañaba a mis palabras.

- ¿Tú crees? – dijo Cayetano, volviendo a colgar su mirada del techado.

- ¿Tu no? – le reboté la pregunta sentándome en la hamaca.

- Según me has contado muchas veces cómo procedías con las entrevistas en-pro-fun-di-dad – dijo esto último con retintín- no sé hasta qué punto tus informantes son tan autores de lo que dicen como tu aseguras.

- ¿Cómo puedes dudarle? – dije, evitando por milésimas de segundo que se me escapara un ¿Cómo puede dudar de eso un antropólogo como tú?

- Bueno – repuso él - eres tú quien, siguiendo las instrucciones que te dicta la disciplina que practicas, eliges el problema que quieres investigar. Tú, quien luego seleccionas a las personas que te interesan y les da las pautas necesarias para que puedan participar en el juego de la entrevista; algo que, por cierto, supongo que les debe resultar delirantemente exótico. Tú quien, al hacerle preguntas que responden a una lógica ajena a su mundo, estableces el marco de sentido en el que se produce un discurso, que luego tú mismo cribas, separando el material que responde a tus fines de la morralla que desechas porque no te sirve para esos fines. Y eres tú quien aplicas a ese material seleccionado sus propios códigos exegéticos, los cuales, a su vez, han de coincidir con los que dicta tu disciplina para que puedan ser validados. ¿Me puedes decir qué queda de la supuesta autoría de esas personas que dices garantizar con las comillas?

- Está en sus propias palabras y sus frases vivas que salen calientes de sus labios y cuyo significado yo trato de preservar en su prístina originalidad – aduje yo remedando sin querer la retórica barroca de mi director de tesis.

Cayetano se deshizo del mosquitero, se levantó de la hamaca y fue a situarse junto a la baranda de la palapa. Con la mirada puesta en las remansas aguas de la cocha, dijo

- Palabras que ellos jamás hubieran pronunciado de no haber sido inducidas por ti. Frases que, apenas pronunciadas, eran atraídas de inmediato por el magnetismo de tus cintas

para quedar apresadas en ellas, dispuestas ya sin vida propia para ser cuidadosamente diseccionadas y, finalmente, clavadas sobre un papel con esa especie de alfileres que son las comillas.

- Con todo, las respuestas no dejan de ser tuyas – traté yo de rebatir su argumento.

Él se dio media vuelta, apoyó el trasero sobre la baranda y se cruzó de brazos. Con mirada condescendiente, me dijo:

- Nacho, las respuestas no pertenecen en última instancia al orden de quien las dice, sino al orden de quien formula las preguntas.

- En cualquier caso, ese es el mejor modo que conozco de acceder al discurso del otro – repuse yo levantándome de la hamaca para ir sentarme en el primer peldaño de la escalera.

- Quizás lo sea para ti, puesto que tú eres quien hace las preguntas acordes con tus premisas y tus fines. ¿Lo es para ese otro? Dime, Nacho: ¿Es posible el acto de la comprensión si quien se pretende comprender no se siente también comprendido?

No supe qué decir. Nunca antes me había planteado esa cuestión. Simplemente, había dado por hecho que las respuestas que obtenía la antropología generaban un conocimiento válido por sí mismo y, como tal, de alcance universal. Ante mi silencio, Cayetano continuó.

- Ellos ya se hacen sus propias preguntas y encuentran las respuestas apropiadas sin necesidad de ti ni de tu disciplina. ¿O acaso viniste al poblado porque requiriesen de tus servicios profesionales?

- No – dije sorprendido por un planteamiento que ni por lo más remoto se me hubiera ocurrido hacerme.

- ¿Fue alguien alguna vez a tu palapa para pedirte que lo entrevistaras porque no sabía cómo resolver sus preguntas?

- No, claro que no; para eso acudían al chamán.

- ¿De dónde surgían tus preguntas?

- Pues de un marco teórico previamente establecido.

- En otras palabras, de un guion en el que tú decides el argumento y el papel que han de interpretar ellos, obligándolos a jugar en un terreno en el que tú estableces las reglas del juego.

- No soy yo quien establece ese guion ni esas reglas.

- Peor me lo pones, porque eso significa que también tú eres un personaje más en el guion que escriben otros.

- Quienes escriben ese guion son autores reconocidos que han contribuido al acervo de la disciplina con relevantes innovaciones.

- Es posible; pero no dudes que para hacer esas innovaciones se han valido de la ficción. Ficción teórica, si así la quieres llamar, pero ficción al fin y al cabo. Que no es lo mismo que fantasía. Otra cosa es que, ayudados por toda una caterva de burócratas sin imaginación, tales ficciones acaben convertidas en una nueva ortodoxia de lo real y que, pertrechados con las armas del orden institucional, esos

burócratas se constituyan en sus celosos guardianes con la justificación de una vigilancia que ellos pretenden epistemológica, pero que no es más que vigilancia académica. Échale un vistazo a cualquier ensayo y los verás estratégicamente apostados a lo largo del texto, camuflados en forma de referencias, dictando al autor por dónde tiene que conducir su discurso, vigilando que no se salga de los derroteros marcados por el canon que ellos defienden, porque de él se nutren para mantener su posición en el campo de relaciones académicas y en la sociedad que lo sustenta. Y ay de aquel que no les rinda la obligada pleitesía de la cita al pie de página, porque será condenado al ostracismo académico.

- Esas referencias son un signo de reconocimiento de sus ideas y quienes tú llamas vigilantes, son inspiradores del saber – respondí yo.

- No te dejes confundir, Nacho. Son carceleros de la imaginación. Por eso son tan reticentes a aceptar la ficción como parte consustancial del conocimiento, porque la ficción no es susceptible de ser sometida a disciplina alguna, y si no hay disciplina, no hay control. Y sin control, entonces su saber revela su carácter relativo. Ficticio.

- O sea que, según tú, mi estancia en el poblado habría sido perfectamente prescindible. Hubiera bastado con sentarme en mi despacho a escribir ficciones, dejándome llevar por mi propia creatividad, sin prestar atención a esos que tú llamas centinelas de la imaginación ni a la realidad investigada.

- Tu estancia en el poblado puede ser tanto un subterfugio para cumplir con la coartada de realismo que demandan los cancerberos de la antropología académica, como el modo necesario para conferir sustantividad formal a una ficción etnográfica. Has de saber, Nacho, que la ficción absoluta no existe: necesita anclarse en realidades concretas para que sea posible y creíble, incluso mucho más que vuestra aburrida etnografía realista; del mismo modo que la realidad necesita de la ficción para que pueda ser comprendida. Es la sabia combinación de las dos lo que hace posible el conocimiento. La ausencia de una de ellas sólo produce entelequias.

- ¿Me estás diciendo que la etnografía no sirve para conocer la realidad?

- Sirve para conocer la realidad tal y como ésta es concebida por la etnografía. Nacho, la noción de conocimiento encierra múltiples acepciones y cada una de ellas contiene su propia epistemología. Todo depende de lo que se persiga. A ver, dime, ¿qué buscas tú viviendo un año con estos indígenas: ¿controlarlos, cambiarlos, integrarlos, dominarlos, planificarlos, explicarlos, convertirlos, cuantificarlos, clasificarlos, exponerlos en vitrinas de un museo, predecir su futuro, utilizarlos como mera excusa para justificar una profesión, un salario, una posición social?

- Yo sólo quiero comprender su mundo – salió de lo más profundo de mí.

Se me quedó mirando en silencio, pensativo, como si estuviera sopesando a conciencia lo que al cabo de unos segundos me dijo:

- Muy bien, pero me temo que eso no lo conseguirás del modo en que estás procediendo. Te sobran y te faltan cosas.

- Qué me sobra.

- Te sobran rígidos modelos teóricos, protocolos academicistas, sometimiento a los carceleros de tu creatividad, miedo al riesgo, apego a la seguridad de una profesión estable...

- Y qué me falta – interrumpí su letanía.

- Pues nada menos que factor humano: sentimiento, emoción, pasión, aventura, rebeldía, vértigo, generosidad, empatía, humor, misterio, tragedia, ironía, sufrimiento, escepticismo, imaginación, sobre todo mucha imaginación.

- Pues ya me dirás cómo se consigue eso.

- Ya te lo ha dicho el Chullachaqui: echa mano de la ficción.

- Pero eso significa dejar de lado la realidad.

- ¿La realidad? Lo que tus vigilantes llaman realidad no es más una manera de definir la normalidad, y lo que denominan realismo no es sino un protocolo que establece la correspondencia de algunos rasgos de esa normalidad con una serie de parámetros previamente establecidos que determinan qué es real y qué no lo es. Primero construyen una ficción teórica sobre lo real, y después otra ficción meta-teórica con la que pretenden justificar que la primera ficción no es tal, y así

sucesivamente hasta formar una inacabable sarta de ficciones concatenadas, cuya única autoridad reside en última instancia en la capacidad de persuasión que les confiere su posición en el campo de poder académico. Lo cual no deja de ser, además de una gran ristra de mentiras, una gran paradoja.

- ¿Es que para ti no hay diferencia alguna entre situaciones reales y ficticias, entre personas reales y personajes de ficción? – aduje yo, tratando de disimular el devastador desconcierto que sus palabras estaban produciendo en mí.

- Por supuesto que hay diferencias; pero no es ahí donde está el problema. El problema es que el único modo que tenemos para aproximarnos a las personas reales es mediante su representación a través del lenguaje, y el mero hecho de tener que proceder de ese modo ya nos obliga a convertirlos en personajes. Personajes que responden a un guion, antropológico, psicológico, histórico o novelístico; pero, hagas lo que hagas, no dejan de ser representaciones. Ficciones de las que nos servimos incluso para pensarnos a nosotros mismos cuales personajes protagonistas de un guion que interpretamos como si el destino lo hubiera escrito expresamente para cada uno de nosotros. Así, nos narramos a nosotros mismos y, al hacerlo, ensayamos una narración del mundo. Y viceversa.

- Podemos intentar que esas representaciones se correspondan lo más fielmente posible con la realidad, a base de contrastarlas, y evitar así en lo posible el engaño.

- ¿Y quién valida esa correspondencia?

- ¿La realidad?

- Nacho, la realidad no habla ni valida nada. Validan los mismos sujetos de conocimiento e interés que han definido esa realidad. ¡Eso son patrañas popperianas que quizás sirvan para explicar átomos, pero no seres humanos! – exclamó él, dejando por un momento al paio su pasada condición académica- Además, el engaño no está en imaginar ficciones que nos permitan recrear otros mundos para tratar de comprenderlos y, así, comprender mejor el nuestro. Ahí no hay engaño. La trampa está en pretender que hay representaciones que no son ficciones, como así quieren hacer creer los carceleros de la imaginación con su retórica realista. Eso sí es un engaño.

- Pero es que no veo cómo se puede entender la realidad a base de construir personajes de ficción.

- Que sean personajes de ficción no quiere decir que no sean reveladores de verdad. Si están bien contruidos, si están anclados en la realidad concreta que les da vida, entonces son portadores de verdad, de su verdad: ríen, lloran, odian, aman, mean, comen, duermen, creen, envidian, joden, trabajan, se emocionan, sufren, compiten, enferman y juegan de verdad. Lo cual, ciertamente, no deja de ser otra gran paradoja, como la de tus teóricos realistas, sólo que ésta es más decente porque no pretende mentir a nadie. Va por derecho. Cuando un lector abre una novela con la intención de sumergirse en ella, sabe que entra en un universo de ficción y lo asume: desde ese preciso momento se establece un pacto entre el autor y el lector y entonces ese universo de ficción se transforma en verdad.

Una verdad que, para serlo, ha de estar sometida, hasta el más sutil de los detalles, a las leyes del mundo real, porque si en algún momento deja de hacerlo desvela su naturaleza fullera y ya no funciona. Es fantasía. Pero si funciona, como lo hacen las grandes novelas, esa ficción es más reveladora de la condición humana que la de la mayoría de los tratados de antropología que contaminan las bibliotecas universitarias. Y la razón de que eso sea así es que mientras la antropología se debe a sus fines académicos, la ficción se debe a la condición humana y sólo a ella; mientras el ensayo académico te constriñe con sus protocolos disciplinarios, la ficción te da libertad para que establezcas infinitas combinaciones entre los rasgos que componen la compleja realidad con las que puedes escrutar los más recónditos recovecos del ser humano. Y cuando consigues llegar a ellos y desvelas algo de su misterio – se quedó callado un momento- entonces Nacho sientes que tocas el cielo con la punta de los dedos, porque has sido alcanzado por un destello de la belleza que encierra la vida.

Se le quebró la voz con las últimas palabras y regresó a su silencio, con la mirada perdida en la oscura frondosidad que circundaba la cocha iluminada por la luz de la luna llena. En ese momento comprendí que Cayetano me acababa de revelar el verdadero secreto de su pasado. Comprendí que El ladrón de mitos, era, en efecto, la crónica de un naufragio, el relato de un fracaso, más no del fracaso de su protagonista, como así lo había creído yo cuando la leí, sino del fracaso de una manera de entender una disciplina que se había quedado aprisionada

en su propia red de paradojas: la red que teje un conjunto de subjetividades que se concita con el iluso propósito de negarse a sí mismas. Y comprendí que, llegado a la encrucijada de esa convicción, Cayetano había optado por continuar haciendo lo único y lo más honesto que podía hacer: ficción de verdad.

- Dime Cayetano – se me ocurrió preguntarle - ¿Hay para ti diferencia alguna entre antropología y literatura?

- Bueno, creo que son dos estrategias epistemológicas perfectamente válidas para el conocimiento del ser humano. La diferencia está en que mientras que el ensayo aborda el comportamiento humano valiéndose de la teoría (que no es más que un artificio discursivo virtualmente realista) la ficción procede de modo inverso, imaginando tramas virtuales de apariencia real (personajes, situaciones, espacios y tiempos) para tratar la dimensión abstracta, intangible, radicalmente subjetiva, pero igualmente real, de la condición humana.

Cuando le expresé la ansiedad que me producía el desafío que me estaba haciendo de explorar la inmensidad del universo humano con el sólo recurso de la ficción, no sé si me ayudó mucho diciendo:

- Ah bueno, si es por eso no tienes por qué preocuparte: el universo entero cabe en las veintisiete letras del alfabeto.

Apenas vislumbraba yo el alcance de su afirmación, cuando añadió:

- O tal vez no. Lo cual sería una evidencia de que el ser humano no está cognitivamente preparado para comprender el mundo, sino sólo para construir ficciones, ficciones compartidas con las que poder vivir en él.

- Me temo, Cayetano, que cada vez me siento más confundido.

- Sigue el consejo del Chullachaqui: sumérgete en el mundo de esta gente, vívelo a fondo, con pasión, sin frenos protocolarios ni débitos académicos, recréalo en tu imaginación y dale vida, porque sólo así podrás comprenderlo y contribuir a que otros lo comprendan también.

Tras un lapso de silencio, con una pícaro sonrisa dibujada en sus labios que no me resultó familiar en él, añadió:

- Además, no olvides que el Chullachaqui es el guardián de las riquezas de la selva, incluidas todas las formas de vida humana que alberga, y no va a permitir que hagas mal uso de ellas. Así que más te vale aceptar el desafío que te ha hecho, porque ya sabes lo que se dice de él: si no lo aceptas te vuelve inútil para la caza y la recolección; mientras que si lo haces, te hará partícipe de sus maravillosas riquezas.

Dicho lo cual, terminó de arrebujarse en el mosquitero y me dio la espalda.

- Que descanses, Nacho – me deseó – Y no olvides apagar el quinqué antes de dormirte, que no ando muy sobrado de queroseno.

Apagué el quinqué y me tumbé en la hamaca. La palapa quedó inundada por la luz de la luna y los sonidos de la noche y yo por la desconcertante sensación de que los mojones que empezó a remover la lectura de El ladrón de mitos se habían trastocado definitivamente y me hallaba perdido en medio de una tupida maraña de dudas y pensamientos encontrados. Hasta que, bien avanzada la madrugada, me quedé dormido.

Comenzaba a amanecer cuando me despertó la habitual escandalera de los monos aulladores en las frondosas copas de los árboles que cubrían la palapa, acompañada por los chillidos de las guacamayas. Cayetano no estaba en su hamaca y supuse que andaría en la chacra o aseándose en la cocha. Me levanté y empecé a preparar el desayuno para los dos. Media hora después, Cayetano aún no había regresado. Seguramente, habría ido hasta el embarcadero para recoger los encargos que de tanto en tanto le traía el peque-peque de Pucallpa. Una hora después, seguía sin aparecer y ya, preocupado, bajé hasta el embarcadero. No estaba. Regresé a la palapa y lo llamé sin obtener respuesta. Me acerqué a la chacra y tampoco estaba. Y, cuando me disponía a regresar, me sentí súbitamente impactado por lo que tenía ante mis ojos: el suelo estaba hollado de pisadas humanas y caprinas. Me quedé paralizado, hasta que, pasado el primer momento de ofuscación, no pude menos que echarme a reír de mi propia

estulticia porque, por un momento, se me hubiera podido ocurrir que las huellas pertenecieran a un Chullachaqui. Auténticas eran, desde luego, sólo que pertenecían a dueños distintos: las humanas a Cayetano y las caprinas a algún venado que había andado por el huerto durante la noche en busca de comida. Regresé a la palapa, sin poder encontrar una explicación a la ausencia de Cayetano. Sólo cuando, un par de horas después, seguía sin aparecer, entendí que mi amigo había preferido evitar una despedida que tenía todos los visos de ser definitiva. Concluí que cuanto antes me fuera yo, antes le permitiría retomar el curso de su anónima y sosegada vida. Cogí la mochila y me encaminé hacia el río con la angustia atenazada en la garganta y la agobiante sensación de no saber muy bien qué dirección iba a tomar el curso de mi vida. Llegué al embarcadero y me senté en el borde, con los pies colgando sobre el río, a la espera del primer peque-peque.

No tardé en escuchar el ruido del motor de un bote que venía río abajo, en dirección a Pucallpa. En unos minutos me subiría a él y un par de horas más tarde llegaría a la capital, a tiempo para tomar el avión procedente de Iquitos con destino a Lima. Luego, una vez en Madrid, trataría de negociar con mi director el modo de hacer la tesis sin tener que incluir en ella testimonios literales. Y si las cosas se ponían muy mal, me los inventaría. Alcanzaría el título de doctor y podría obtener un puesto de ayudante en el departamento. Con el tiempo, hasta podría llegar a ser todo un señor profesor de universidad.

El peque-peque se acercaba y el corazón se me empezó a acelerar. Si no quería que pasara de largo, tenía que levantarme ya y hacerle las señales convenidas para que se acercara a la orilla a recogerme. Mas cuando lo tuve a una distancia apropiada, permanecí imperturbablemente sentado. Correspondí al saludo de una niña que iba sentada en la proa del barco y lo seguí con la mirada mientras se alejaba río abajo. A medida que se alejaba, se fue disipando la imagen que había irrumpido en mi cabeza en el mismo instante en que me disponía a levantarme para hacer las señales: cinco miembros de un tribunal de tesis, vestidos con togas negras y tocados con birretes, me imprecaban desde la altura de un estrado: ¡Marco teórico, ¡Hipótesis!, ¡Método!, ¡Referencias bibliográficas! ¡Citas! ¡Citas! ¡Cítenos!, ¡Cítenos!, ¡Cítenos!

Un rato después, escuché el ruido de otro peque-peque subiendo en dirección contraria. Si lo cogía, en cosa de una hora podía bajar en el embarcadero más cercano al poblado y al atardecer estaría en mi palapa, tumbado en la hamaca, dispuesto a convivir con la gente, sin reglas ni protocolos académicos. Antes o después, los lugareños acabarían regresando y yo me esforzaría para convencerlos de que ya no corrían el riesgo de verse enajenados por el mal del antropólogo, porque mi amigo Cayetano me había proporcionado los conjuros necesarios para exorcizar su malignidad. Buscaría a mi entrañable Aquiles y juntos haríamos una gran pira en el centro del poblado a la que arrojaríamos uno tras otro, los cuatro volúmenes de las Mitológicas de Lévi-Strauss. Sería un gesto ritual con el que

rendiría tributo a uno de los relatos de ficción más imaginativos, profundos y reveladores jamás escritos sobre la condición humana, como lo son La interpretación de los sueños, de Freud, o el Capital de Marx, inmensos, únicos. Acto seguido, arrojaría a la pira ritual el magnetófono y las cintas vírgenes, y al imaginarme ejecutando esa acción acudí a mi memoria algo que había leído en El ladrón de mitos: decía Cayetano allí que el método tal vez no sea un proceder regulado y formal para comprender mejor al ser humano, sino un vano artilugio con el que nos pertrechamos para conjurar nuestro miedo a encontrarnos de verdad con él.

Sumido en esos pensamientos, tampoco hice amago alguno de aviso para que el peque-peque se acercara a recogerme y pasó de largo. El sol alcanzó el cenit del mediodía, empezó a atardecer con la rapidez del trópico y yo seguía sentado en el embarcadero, paralizado por la incertidumbre, viendo pasar botes en una y otra dirección. Y de pronto, empecé a percibir un ruido que procedía de la frondosidad de la selva: tac, tac, tac, tac. Me quedé un buen rato con los pensamientos suspendidos, tratando de identificar el significado que me trasmitía aquél sonido. Finalmente, comprendí y vi con claridad el camino a seguir.

Aún tuve que esperar media hora, antes de que apareciera el último peque-peque del día. Cuando lo tuve cerca, me incorporé, hice señales y diez minutos después estaba sentado en la proa de la embarcación, dejándome acariciar por las gotas de agua que las repetidas inmersiones de la quilla salpicaban en mi cara y por la brisa aromada de dulzonas

fragancias procedentes de las frondosas orillas. Me sentía liberado, feliz, pletórico, viéndome surcar la descomunal masa de agua marrón que recorre y llena de vida los inmensos territorios del Chullachaqui, el diablo guardián de la selva.

Al cabo de un rato de singladura, en el horizonte de la gran masa de agua apareció una embarcación que subía río arriba. Cuando pasaba a nuestro costado, alcancé a ver a Cayetano tumbado en la proa del barco sobre unos sacos, dormido, con el sombrero tapándole el rostro. Entonces reparé que era día domingo y que vendría de haber pasado su fin de semana en *El último rincosito del mundo*, degustando la vida con doña Lola. Sonreí complacido. “Hasta la vista, amigo”, susurré.

Caía la noche cuando aparecieron las luces del puerto anunciando la inminente arribada a Pucallpa. Aún no había tocado el bote el muelle, cuando ya estaba el conductor de una moto-taxi ofreciéndome sus servicios. Me dijo que si iba para el aeropuerto sólo me cobraría la mitad, pues ya tenía otro cliente para esa carrera.

- Gracias, amigo, pero no voy al aeropuerto – le dije.

- A dónde, pues, jefe.

- A una cantina que se llama *El último rincosito del mundo*.

¿La conoce?

El taxista, el conductor del peque-peque y el cargador del puerto, que en ese momento bajaba del bote un enorme racimo de bananas, intercambiaron entre sí una mirada cargada de voluptuosa complicidad.